

var. Por eso queremos nosotros hacerlo, por esa razón seguimos insistiéndole.

—¿.....?

—Soy de Aragón, sí señor. Nací en Teruel. Cuando era aún muy niño, mis abuelos lograron de mis padres que me llevaran con ellos á vivir á una posesión que tenían á dos kilómetros próximamente de Teruel, muy cercana al punto donde nace el caudaloso y popular río Turia. Allí con mis abuelos pasé toda mi niñez. Ellos me criaron con un cariño como el de padres. Yo me encontraba muy contento, porque veía que á medida que yo iba creciendo, el cariño de los viejos hacia mí aumentaba.

La posesión de los viejos queridos estaba rodeada de un campo bello, de un campo frondoso. No puede imaginarse cuanto gustaba yo de correr por aquellas nutridas y espaciosas alamedas, largas é interminables, bañadas por las aguas plateadas del Turia, que corre sin cesar, rumoreando una canción lánguida, cuyas notas van perdiéndose también muy lejos... ¡Y aquellas sierras bravas, hermoseadas, embellecidas por el sol de Aragón...; aquellos paisajes... aqué campo...

—Cualquiera dudaría de que usted es aragonés. Parece que su tierra, su patria chica, es la Mancha. Demuéstranlo sus escritos, inspirados la mayoría en costumbres del llano, de esta Mancha hidalga que tiene en usted uno, quizá el primer cantor de su ambiente y de su vida.

—Sí, es cierto; amo mucho á la Mancha, la amo de todo corazón, la tengo como mi patria chica. Si fuera posible yo uniría á la Mancha con Aragón y la haría una sola.

—Y dígame, Sr. Antonino: ¿Pensó usted en ser alguna otra cosa antes que periodista?

—Verá usted: yo he debido ser sacerdote ó militar; un tío mío, misionero y después cura, enriquecido en las Antillas antes del desastre del 98, hace dos años fallecido en un convento de Santiago de Galicia, se empeñó en que yo vistiera como él, la sotana; todos los gastos correrían de su cuenta. Pero como Dios no me había llamado por tal camino, le repliqué que si le era igual vestiría el uniforme militar. Que sí, que no, él se quedó con sus pesetas y yo fuera de las dos milicias.

—¿Y entonces, se decidió usted por el periodismo?

—No señor; eso fué después. Cierta que mis primeros artículos se publicaron cuando apenas tenía unos 18 años, algunos en el *Pueblo*, el periódico de Blasco Ibañez; pero aquello no era literatura. Fruto de lecturas desordenadas y mal digeridas, las obras de Gorki, de Malato, de March, de Kropotkine, de Nietzsche, perniciosas á esa edad porque van dejando en el corazón sedimentos de odio, en tanto que atrofian el cerebro todavía no capacitado por la cultura para distinguir entre lo bueno y lo malo que entrañan las filosofías y las doctrinas políticas.

Yo me decidí por el periodismo y la literatura cuando, maltrecho de cuerpo y alma, arribé al pueblo que me vió nacer, atraído por los recuerdos de la infancia. Había perdido la salud y la fé en luchas estúpidas y acariciaba la idea de recordarlas junto á los míos.

Un día—continuó el señor Aviceo con la pausa que impone el recordar lo pasado—estando de sobremesa me dijo una de las hermanas de mi madre. ¿Sabes que necesita telegrafistas la Compañía del ferrocarril Central de Aragón? Pide

una plaza y te quedas definitivamente entre nosotros.

Yo había pertenecido al regimiento de Telégrafos, de guarnición en Madrid y mis progresos en la telegrafía fueron bastante notables. Decidí solicitar una de aquellas plazas. No se habló más de ello y cada cual se retiró á su cuarto á descansar. ¡Sí, sí, no fué mal descanso! Jamás podré olvidar, la horrible pesadilla de aquella noche. Escuche usted: Soñé que estaba de telegrafista en no se que estación. Prestábamos servicio un gran número de horas, y el trabajo resultaba demasiado; inhumano, abrumador. Al pié del aparato, durante el día, y luego empalme de servicio por la noche... ¡Un horror! Me había rendido el sueño; el timbre hizo que me despertara sobresaltado; llamaban las dos estaciones inmediatas. Sin duda equivoqué la respuesta, porque la catástrofe que sobrevino después, fué espantosa. Dos trenes entraron por la misma línea y el choque resultó brutal, horriblemente brutal... Hechos astillas y con los hierros retorcidos quedaron los coches, empujados los unos en los otros; en montón informe los dos monstruos volcados á larga distancia de la vía; y esparcidos por ésta, más lejos y más cerca, los restos de ambos trenes; heridos moribundos, cuerpos mutilados, charcos de sangre coagulada, vientres vírgenes abiertos... y algo más que me horrorizó de espanto: ante mí, junto á la puerta de la estación telegráfica, una cabeza arrancada del tronco, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en los míos y espantados, recriminándome, maldiciéndome quizá por haber causado tanta desgracia, tal cúmulo de infortunios. ¡Oh, qué dolor, la lista de viajeros muertos!

Al día siguiente, impresionado todavía por la inolvidable pesadilla, cogí pluma y cuartillas y escribí un cuento titulado *Choque y descarrilamiento*, que, al publicarse fué un éxito. Me felicitaron los amigos, me colmaron de manifestaciones, de cariño los parientes y yo decidí no ser telegrafista. Desde aquella fecha—hace de esto unos diez años—creo no haya pasado día sin escribir en uno ó varios periódicos.

—¿Ha sufrido muchos disgustos en el periodismo?

—Muchos y peligrosos, si señor. El primer artículo que publiqué en un diario republicano fué denunciado por el señor Fiscal. Después otros y otros. ¿Agresiones y lances personales? Para qué recordar.

—¿Se ha rozado usted alguna vez con la diosa fortuna?

—Sí, señor. Cuando tocó en Ciudad Real el segundo premio de la lotería, yo tuve en casa de Pedrero reservados varios décimos los cuales venía jugando todos los meses con Manuel Romero. Aburrido de que no nos tcase en ninguna jugada, en aquél sorteo me opuse á que Manolo recogiese los décimos. Y ya lo sabe usted, tocó. Veinte mil pesetas me perdí entonces.

—¿Cual ha sido el momento más difícil de su vida?

—Económicamente, muchos. ¡Que se lo pregunten á Camba, mi mejor compañero de bohemia!

—De esos apuros anejos á la vida bohemia no hay que hablar; me refiero á los momentos difíciles, azarosos, de verdadero riesgo personal.

—Uno voy á contarle de verdadera emoción. Fué en Valencia, una noche que entré á cenar en cierta casa de comidas, que luego supe la frecuenta-